
CAPITULO XIV.

Principio de la campaña.—Acción de Nanahuatipam.—Sitio de Oaxaca por Bazaine.—Pérdida de la plaza.—Prisión del General Díaz.



L General en Jefe del ejército francés comenzaba á preocuparse seriamente de la actitud que guardaban los republicanos de Oaxaca, cuando gran parte del país estaba ocupado por los intervencionistas y parecía sometido. Y mientras organizaba la expedición que personalmente quería mandar, ordenó al General Brincourt, que operaba en Puebla, avanzara sobre la frontera de Oaxaca. Y así lo hizo Brincourt, marchando él mismo con una columna de dos mil hombres sobre Huajuapán de León, á la vez que otra columna mandada por el Coronel Giraud del 7º de línea marchando por la Cañada, se dirigía sobre San Antonio Nanahuatipam.

El primer punto lo cubría el General Benavides con una Brigada de infantería y otra de caballería, y en Nanahuatipam estaba con un batallón el Coronel Espinosa.

Luego que el General Díaz tuvo noticia del avance del enemigo salió de Oaxaca, tomando al principio el rumbo de Huajuapán, para engañar á aquel; pero en Tejupam tomó rápidamente á la derecha para atacar por la retaguardia á los franceses que ocupaban la Cañada.

El General Díaz, precisó al Coronel Espinosa no sólo el día, sino hasta la hora en que debía mantener su posición, para apoyarlo en el momento en que atacara la retaguardia francesa. Pero el Coronel mexicano retrocedió ántes de tiempo, lo que descompuso el plan de combate del General Díaz.

Este atacó sin embargo el campamento francés, desalojó al enemigo de la plaza, y hubiera obtenido una victoria completa, si las fuerzas de Espinosa en aquellos momentos hubieran atacado el frente.

Los franceses entonces pudieron rehacerse en el interior de la iglesia y rechazaron nuestra columna, que tuvo que retirarse violentamente hasta incorporarse con los restos de la de Espinosa.

Esta sangrienta y desastrosa jornada tuvo lugar el día 10 de Agosto de 1864 y costó más de dos mil hombres á la División del General Díaz, aumentando la desmoralización que comenzaba á cundir en nuestras fuerzas, al verse solas combatiendo en todo el país.

En esos días se separaron de aquel cuerpo de Ejército el General Mariano Escobedo, que mandaba la brigada de caballería, y el General Benavides.

Porfirio se replegó hasta el valle de Oaxaca, dejando únicamente de observación en Nochistlán el cuerpo de Lanceros de Oaxaca, á las órdenes de su hermano el General Félix Díaz.

La situación de los republicanos de Oaxaca era cada día más difícil, porque muchos de ellos se desmoralizaron con la certeza que tenían en su ánimo de que era imposible la resistencia cuando el país entero había sucumbido: y algunos de los defensores de la indepen-

dencia deponían las armas y se retiraban á sus hogares, fatigados de luchar sin elementos y agoviados con las derrotas que sufrían los restos de nuestro Ejército, cuando éste no podía combatir contra el francés tan perfectamente armado, municionado y disciplinado.

En tanto la defección, partiendo de las esferas más altas del poder, había cundido desde algunos funcionarios hasta Jefes de alta graduación en el Ejército.

Un Ministro del Señor Juárez, Nuñez, había desertado de su puesto, sometiéndose al enemigo. Y Uraga, después de haber celebrado arreglos con el invasor, se pasaba al imperio con armas y bagajes.

Y sin la enérgica lealtad del General Arteaga y de la Oficialidad del Ejército del Centro, Uraga habría arrastrado á la mayor parte de éste en su propia traición.

A uña de caballo escapó Uraga del campo republicano en los momentos en que el General Arteaga iba á reducirlo á prisión para pasarlo por las armas: y después de haberse salvado de los destacamentos que lo perseguían, llegó por fin á la capital á someterse al imperio.

Desde allí se permitió querer seducir al héroe de Oriente, al General Porfirio Díaz, enviándole con un comisionado, el Coronel Alvarez, una carta confidencial, en la cual lo invitaba á que reconociese al imperio fabricado en México por la intervención armada de Napoleón III.

Uraga, después de hacer injustos cargos al Ejército del Centro de donde había desertado, ofrecía al General Díaz que el imperio promulgaría las mismas leyes de Reforma que había dado el Señor Juárez, y le prometía que el mismo General Díaz conservaría el Gobierno del Estado y toda la línea que mandaba, sin que se le enviara un sólo extranjero.

El General Díaz, profundamente indignado por el insulto que se le infería, rechazó enérgicamente aquellas propuestas, y contestó á Uraga que sólo por los respetos que debía á su antiguo Jefe y por la amistad que lo ligaba con éste y con Alvarez no sometía á éste á juicio, fusilándolo por traidor. Tal vez el General Díaz tuvo algo en cuenta el carácter de parlamentario que amparaba á Alvarez.

Porfirio además decía á Uraga en su contestación, que jamás fal-

taría al juramento que había prestado de combatir por la libertad é independencia de la Patria, y que lo cumpliría sin vacilar, cualquiera que fuese la suerte que en la guerra le deparara la fortuna. Y terminaba agregando que pasaría por las armas sin vacilar, á cualquier otro que se encargase de llevarle otra misión igual.

El General Díaz cumplió sus promesas como bueno y no queriendo que por un momento siquiera se vacilase de su lealtad, al saberse que había recibido un comisionado de Uruga, dirigió con fecha 27 de Diciembre una circular á los Gobernadores y Comandantes militares de los Estados, participándoles los sucesos que acabamos de referir.

Y esta nota en la cual respiraban los nobles y levantados sentimientos de su autor, fué publicada en el Periódico Oficial del Estado.

Desde que se supo en México que el General Porfirio Díaz no entraba en avenimiento alguno con el Imperio, el ejército francés que iba á operar sobre Oaxaca fué reforzado y se ordenó que avanzara sobre el Valle, encargando la campaña al General de Artillería Courtois d'Hurbal, en tanto llegaba Bazaine.

El 18 de Diciembre de 1864 el General Félix Díaz sostuvo brillantemente un ataque que le dió la caballería francesa en la Hacienda de San Isidro. Pero ante la superioridad del enemigo tuvo que replegarse, y los franceses siguieron avanzando en los días 22, 26 y 31 del citado mes, hasta que el 4 de Enero el General Courtois d'Hurbal, que estaba acampado en Etna, hizo avanzar sus columnas de observación á las inmediaciones de Oaxaca, estableciendo su campamento en la Blanca.

Entonces llegó á dirigir el sitio personalmente Bazaine, con diez mil hombres más y treinta piezas de artillería de un alcance superior á las nuestras.

El General Díaz sólo tenía á sus órdenes tres mil hombres escasos, tres baterías irregulares mal dotadas en su personal, y novecientos caballos: había además mandado que se organizaran violentamente las Guardias nacionales de Miahuatlán, Ixtlán y Tehuantepec.

Entonces combinó un plan de campaña audacísimo, y que, á haberse ejecutado en todos sus detalles, habría tal vez variado el orden de los sucesos y la resistencia se habría prolongado más con un éxito mejor. Pero la fortuna volvía siempre caprichosamente la espalda á nuestras armas, y la victoria se negaba á premiar cuanto esfuerzo hacían los buenos hijos de México.

El General en Jefe hizo marchar la caballería el día 8 de Enero de 1865 para que se situara á la espalda de los franceses, tomando un camino trasverso entre Huitzo y Etna, y siguiendo el rumbo de la Mixteca.

El Señor Félix Díaz, encargado de la expedición, llevaba instrucciones de atacar el convoy y la retaguardia del ejército francés, no sólo con la caballería que mandaba, sino con las fuerzas de Guardia Nacional que se le unieran.

Y el hermano del General en Jefe marchó en efecto, cumpliendo las órdenes recibidas; pero la desmoralización cundía rápidamente entre la tropa, y parte de la caballería se desbandó, y la Guardia Nacional de Tehuantepec se pronunció por el imperio, y la de Miahuatlán no quiso organizarse ni partir á la campaña.

Félix Díaz tuvo que volverse á Oaxaca con el resto de su fuerza, y sin haber podido ejecutar la comisión que se le había confiado.

Al ver esto las fuerzas de Oaxaca se desmoralizaron á su vez, no sólo al palpar la superioridad en número, disciplina y armas del ejército francés, sino al persuadirse de que con la defección de la caballería y de los cívicos de Tehuantepec le faltaba un apoyo exterior que auxiliara á la guarnición, ya para surtirse de víveres, ya para hacer alguna salida.

Los franceses en tanto avanzaban sobre la ciudad, siguiendo estrictamente las reglas del arte de la guerra y obligando á los defensores á agotar sus municiones al resistir ataques parciales, y en los cuales la ventaja la alcanzaban siempre los sitiadores.

Los traidores que había dentro de la plaza, es decir los conservadores, fomentaban el desaliento de la guarnición, ya sembrando el terror anunciando que los defensores de la independencia serían pasados por las armas, ya prometiendo recompensas á los tráfugas.

Porfirio Díaz comprendió que por entonces la causa nacional estaba perdida; pero en aquella alma grandiosa no cabían ni el pensamiento mezquino de someterse á los invasores, ni el sentimiento cobarde de huír del peligro. Y resolvió luchar hasta el fin, hasta que no quedara un sólo soldado en la trinchera, ni un cartucho en el fusil. Había algo de la desesperación sublime del héroe que sucumbe ante una fuerza superior, y que busca la muerte para no ver á su patria profanada, cayendo envuelto en la bandera que por tantos años y con tanta gloria defendió.

Y se lanzó á combatir, no como un General en Jefe, sino como el último de sus capitanes, marchando á la cabeza de sus columnas.

Los franceses desde los primeros días de Enero habían ocupado la hacienda de la Aguilera: y como este punto era uno de los principales que formaban la línea avanzada de los sitiadores, Porfirio quiso recobrarlo: y al frente de la compañía de ingenieros que mandaba el Teniente Coronel Juan Perez Castro se lanzó sobre la hacienda, y después de un reñido combate desalojó al enemigo.

Pero aquel triunfo fué estéril, porque envió el Jefe francés un fuerte refuerzo, y nuestros soldados tuvieron que replegarse á la plaza.

Día á día se estrechaba más el sitio, y día á día disminuía más el número de los defensores que eran diezmados por el fuego tan nutrido y certero de los franceses, y por la desertión que cada vez era mayor.

El General Díaz era el primero en acudir al punto donde el peligro era más ingente, batiéndose como un soldado, realizando hazañas que rayaban en temeridad, y causando la admiración de sus subordinados. Estos, sobre todo los Jefes superiores, sospecharon que Porfirio sólo buscaba una muerte gloriosa en la trinchera, y en nombre del interés comun le expusieron que debía conservar su vida, que pertenecía á la Patria y á sus compañeros de armas.

Un mes hacía ya que duraba aquella defensa asombrosa, inaudita, y en la cual ménos de dos mil hombres, en una ciudad mal fortificada y peor artillada resistían á diez mil franceses, cuando desertaron en masa dos compañías enteras que guarnecían el Fortín más avanzado, con lo cual quedaban descubiertos los demás y la ciudad misma.

Porfirio mandó un refuerzo; pero comprendió que era imposible prolongar la defensa, y promovió un consejo de guerra para exponer á los Jefes y Comandantes que militaban á sus órdenes cuál era la verdadera situación de la plaza, que al primer asalto sería tomada.

Los Generales Salinas y Ballesteros, el Coronel Angulo, los Jefes de Brigada y los Comandantes de las líneas de defensa opinaron por la rendición, dejando al General en Jefe que la hiciera efectiva en los términos más decorosos.

Porfirio entonces envió al Coronel Angulo como parlamentario al campamento francés, para que solicitara de Bazaine una conferencia. Esto pasaba el 8 de Febrero de 1865.

Pasó todo el día sin que Angulo volviera á la plaza: y entonces el General Díaz marchó sólo á presentarse al General francés, no pidiendo garantías para sí, sino sólo para sus subordinados y para los habitantes de la ciudad.

No tenemos que entrar aquí en considerando alguno para explicar este paso del Señor Díaz. Sólo dirémos que en la ciudad, y aún entre los subordinados de Porfirio corría el calumnioso rumor de que éste no quería rendirse, porque no tenía garantías personales, por haber sido uno de los prisioneros de Puebla.

Entonces Porfirio quiso demostrar que no temía la muerte, ni sacrificaba á sus tropas por su interés personal, y se presentó á Bazaine diciéndole que se rendía porque no tenía elementos para continuar la lucha: que sólo él era responsable de la guerra, y que pedía para sus soldados las garantías que el ejército francés dá á los valientes.

Oaxaca fué ocupada y el General Díaz enviado prisionero á Puebla.

